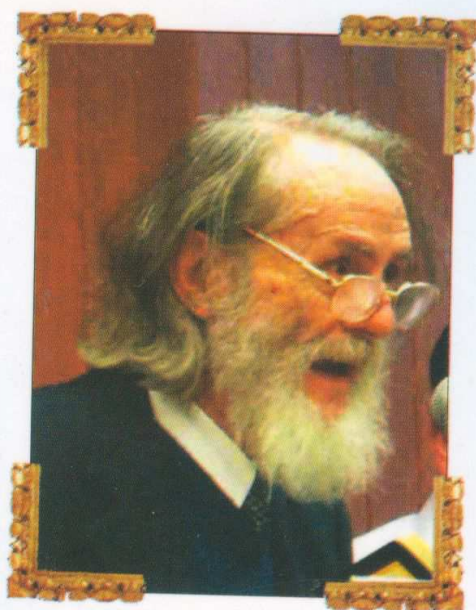


Trincheras

Enrique González Rojo Arthur

Colección Inteligente



ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO ARTHUR
CIUDAD DE MÉXICO, 1928.

Enrique González Rojo Arthur. Es uno de los grandes poetas mexicanos vivos, y de los más importantes filósofos de la actualidad en el país. Ha publicado más de cuarenta libros de poesía, ensayo político y filosófico. Obtuvo el Premio Villaurrutia por el libro *El quintuple balar de mis sentidos* (1976) y el Premio Nacional de Poesía “Benemérito de América”, por el libro *Viejos* (2002). Sobre él han escrito plumas de la altura de Federico Patán, Efraín Huerta y Miguel León-Portilla. Fue profesor en diversas universidades de México.

CONSEJOS A MI PLUMA

Para Paloma Saiz Tejero

Escúchame: amo aquella poesía
que se escribe en las trincheras
a la luz de los fogonazos del odio:
aquella que, si primero
nace como el aullar
de lobeznos perdidos en el cosmos,
madura al convertirse en lanzallamas
de fonemas corrosivos;
aquella que, tras de recibir instrucción militar
en la poesía de Pablo de Rokha o de Neruda,
hace que todos sus versos se encuentren
a un veneno tan sólo de tornarse serpientes;
aquella que, al soltar sus alaridos,
se deshace de la bisutería
de la rima,
aquella que, de la mano de la pólvora,
tiene como blanco la destrucción,
el estrago fecundo,
el bendito borrón que parirá
con dolor maternal la cuenta nueva,
la luz recién nacida,
la utopía en pañales
donde por fin las ruinas
alcen en hombros, victorioso, al humo.
Pero oye bien lo que digo: temo, repudio,
el «mucho ruido y pocas nueces»
de lo panfletario.
La poesía desfallece en el panfleto
como la luz
se asfixia en la caverna,
o la música de la verdad
en la vocal desgañitada.
Amo la poesía de denuncia
—aquella que espera a los trabajadores
a la salida de la fábrica
para intercambiar saludos
y planear cataclismos,
aquella que si sabe cantar, también vomita;
que si se anda en los aires
pergeñando geranios
también tiene gatillos en espera

del atrevimiento: aquella que...
pero, mi pluma, dejas mucho que desear:
vacilas, tropiezas con tus sílabas,
y cuántas veces, ay, tartamudeas.

Dejas mucho que desear y yo querría
que dijeras lo que otras callan,
que fueses veraz, indiscreta,
que te metieras en lo que no te importa,
que supieses murmurar como los ademanes
y gritar como los puños.

Escúchame: no te quiero recibiendo consejos
de los brazos cruzados.
Ni pasiva, pusilánime,
mirando las catástrofes
desde las galerías de tu olimpo
o los binoculares de tu musa.
No te quiero servil,
dándole por su lado a la derecha
que opone al ansia de avanzar
la dureza fanática del yunque,
o que, al son de sus gregorianos
rechinidos de dientes,
busca meterle zancadillas a la historia;
tampoco te deseo aplaudiendo
a la izquierda *moderna*,
(entregada, de tiempo completo, a su miopía)
la izquierda que, peinada
con las comillas de la sospecha,
mastica el bilingüe bocado de saliva
de la demagogia,
o que tiene siempre a mano
la disculpa mendaz, con su perfume
de magnolia podrida,
ocultando sus traiciones
en los pequeños juegos de artificio
que organiza la astucia de la lengua
a flor de labio.

Atiéndeme: te sueño ágil, diestra.
con la sensibilidad a piel de sueño:
y blandiendo un fusil bendecido por el don

de la buena puntería:
que donde pongas el ojo
pongas el epíteto corrosivo,
la denuncia,
el caos como primera piedra del empeño,
el semen de la aurora.

NUEVOS CONSEJOS A MI PLUMA

A Paco Ignacio Taibo II

Te quiero capaz de vislumbrar los pies de barro
del sistema y su compleja arquitectura de mentiras,
de salir a la intemperie, ferocidad al hombro,
a desfacer entuertos y enmendarle la plana a los rosales
que, pobrecitos, no saben redondear
sino sólo criaturas monocordes.

Ven acá: te quiero capaz
de hacer que haya gatillos en tus frases,
gatillos que, orientados por la mira
del sapiente coraje,
sorprendan a pupilas y entusiasmen a tímpanos
con la deificación del ruido (en el estruendo)
que extraerá de las ruinas otro mundo
con las manchas de sangre
de lo recién nacido.

Escúchame cabrona: que si hablas de Zapata,
del Che Guevara, de Salvador Allende
o de tantos, tantísimos otros,
que levantaron en armas a sus muinas,
lo sepas hacer con las frases apropiadas,
justas, militantes, que seduzcan la atención
y le pongan hormigas al descuido,
con palabras inventadas desde hace siglos
sólo para cumplir su cometido actual
de develar artilugios
y realizar una histórica masacre
de máscaras, disfraces, fingimientos
con que forma el poder sus escondrijos.

Mi pluma, como dejas mucho que desear,
como eres iletrada, tímida, ingenua,
y bastante torpe para hablar en público;
como tienes, reconócelo,
no sé qué debilidades por la retórica
y crees que la mejor manera de sorprender al público
es lanzar al firmamento los fuegos de artificio
de tropos rutilantes
y subir el volumen de lo pregonado

hasta la grandilocuencia,
te voy a tener que someter
a una fuerte y severa disciplina.

Durante mucho tiempo, pluma,
tú y yo, tomados de la mano,
asistiremos a marchas,
concentraciones y mítines.
Saludarás de corazón a las *adelitas*
y recogerás, para alguno de tus poemas,
las estrellas que arrancan del suelo los machetes.
Yo te conduciré a las concentraciones para que
aprendas
a desgañitar la tinta
que cargas en la garganta.

Te llevaré, para que no te enamores,
como Narciso,
de ti misma,
de lo que dices,
de tu lengua formada de gérmenes de palabras,
de tu forma tan personal
de robarle parlamentos al silencio.
Te llevaré, carajo, para que estés en contacto con la
gente,
para que sepas del calvario,
el vía crucis,
la crucifixión
de todo humilde miembro
de la especie.

UN AFÁN

La sorpresa, la encrucijada,
la amenaza dejando su escondrijo,
el farol que se funde y en tronido de chispas
convierte la calle
en lóbrego escenario,
son las armas perfectas
para obligar a la inocencia incauta
o al hombre distraído
—con la cabeza en las nubes
de su propio cerebro—
a escoger entre “la bolsa o la vida”.

Por contra, el afán de *tener*,
de colmar los huecos de las manos,
cercar el oxígeno, vender suspiros
al mayoreo,
comerciar con las miradas, los sollozos
o la virginidad del alma,
u obtener, como herencia,
latifundios de luz, acciones del fondo del mar
o predios de firmamento,
es peor que el revólver, el fusil o el puñal
que siempre conjugan sus verbos
en primera persona,
más que el cruce de caminos donde se esconde
la sorpresa delincuente,
más que el cuchillo, afilado
para que se le abra el apetito.

No hablo del niño que *posee*
el refugio de carne y terciopelo
de un regazo,
que está siempre a dos senos
de temperatura, para que él,
en unidad perfecta,
se acurruque en su dicha;
ni de la mujer que escribe,
tras repasar su colección de sollozos,
una secreta carta de amor a *su* deseo,
y que sale a la calle
llevando, temeraria, a lo prohibido

de la mano
y apresando en la frente
la paloma sin alas del secreto.
Tampoco hablo del varón,
que *tiene* una bufanda
–como tibia cascada de ademanes maternos–
para amordazar al frío
y proteger el cuello de toda ráfaga
de pájaros helados.
Ni del sediento que,
portador del vaso que levanta,
y hallándose a un camello solamente
del oasis,
brinda en medio del desierto
por el agua bendita, por un agua
que al igual que la sed le pertenece.

No estoy hablando, no,
de la fortuna de minutos, horas, años,
que amasan *nuestras* respiraciones
a lo largo de la vida.
Ni del poeta que elabora *sus* obras,
su antología de huellas digitales,
sus rimas que copulan en la lengua,
con las mil variaciones
de la canción de cuna
que, rechinando, le cantó la cuna
desde recién nacido.

Hablo de ese grupo de hienas,
muertas de hambre y de risa,
que, paladeando sus bajos instintos
(con sabor a destrucción
y sangre derrotada),
sueñan con banquetes de inmundicias
o paraísos de carroña;
digo del asco que nos despierta lo que sucede
ante nuestro asombro
parpadeante y desorbitado
o en las alcantarillas malolientes
de los discursos,
las apariencias,
la vida maquillada por una hábil
promiscuidad de olores.

Hablo del afán posesivo
con exceso de zarpas
y sin riendas. O de los que,
en su delirio de apoderamiento,
no sólo van tras los consabidos bienes
de un rascacielos, un yate, una playa,
la veta fácil, sin prejuicios virginales,
de la caja fuerte,
o un helicóptero para los días de campo,
sino tras ciertos refinamientos como:
el becerro de oro
con incrustaciones de Dios,
mujeres con piedras preciosas
en lugar de pezones
o un centro turístico
en la parte oculta de la luna.

Hablo, para decirlo pronto,
de los dedos, y su imán antropófago, que saquean
los colmados graneros
de aquello que es de todos,
como el aire, la gleba, las hectáreas
movedizas de mar
o la cuota de misterios
que carga cada quien sobre los hombros.
Hablo de algo que nace
en el interior de la criatura,
a la sombra de sus órganos internos,
y que deja oír su voz
–con lejanía de entraña
y mordaza de sordina–
en las venas y arterias
donde corre el aullido de la sangre.
Es como un deseo,
como una sed –ya líquida– por algo,
como un “querría que”,
un “no podría vivir sin”,
o un afán incontrolable
con las facciones y ademanes evanescentes
de un impulso..
Ahí nace
y una vez que ha nacido
nadie –ni el dedo pulgar de Dios
puesto hacia abajo–

puede borrar en su acta de nacimiento
las letras de su nombre.
Nace, e impele al individuo
a asir las cosas más disímiles
–conejos, resorteras,
pelícanos bebés,
sombremos de alas anchas–
con manos muertas de hambre.

¿Que al hablar de todo esto,
las cosas se complican y aun se enturbian,
como el agua de la fuente, casta a ratos,
que cede a los requiebros
seductores del polvo?
¿Que entonces pareciera no existir
una espada capaz de deshacer
el cáncer en *crescendo* que se oculta
en el nudo gordiano?

Sé que, después de denunciar
lo que somos,
se nos puede calificar
de criaturas deformes,
incurables,
con malhechuras de fábrica;
enfermos que padecen
no sólo de la angina de pecho de lo efímero,
y de un cuerpo encorvado por el peso
de sus canas,
sino de lo que podríamos llamar
–agarrando al vuelo con audacia
el precioso vocablo de lo exacto–
el *morbo apropiativo*,
hambre descomunal por todo lo apropiable,
–cosas, ideas, gente–
hasta colmar las arcas construidas
por el deseo en llamas de las manos.

Sé que pasarán años,
qué digo años, siglos
para que nosotros, hombres y mujeres,
logremos escupir
el bocado feroz de los gruñidos
que hacen en nuestra boca

su eterna madriguera.
Años, décadas, siglos,
si es que el planeta que habitamos
continúa,
si logra poner a salvo sus innúmeras
porciones inflamables,
si no acaba por volverse la infernal maquinaria
presta a incinerar el menor indicio
de existencia.

Allá, por la jungla,
se pueden hojear capítulos enteros
de zoología.
Todos los animales
—el jaguar, el venado,
la araña balanceándose en los hilos
que bajan de la luna,
el antílope,
la manada de elefantes,
el orangután que se encuentra a dos milímetros
de dar de pies a boca con la primer pregunta—
todos, repito, se hallan dedicados
a la acuciosa tarea
de sobrevivir,
de rumiar el oxígeno,
de colocar entre el nacimiento y la muerte
todo el coraje,
la astucia,
la delicadeza,
requeridos
para ocupar el hueco personal en el espacio
y el convoy de minutos en el tiempo
que les corresponde.

Nuestra alma
también es una selva minúscula,
zoológico a la medida
de la entraña,
donde una bestia que se hallase
enamorada de los crepúsculos,
las mariposas, el olor de la luna,
y fuera al mismo tiempo
mortal enemiga de sus garras,
sería una excepción ganada por la rebeldía

o una pieza de museo.
Aquí, los animales feroces
no dan tregua a su saltar
del rugido a la mordida,
del cascabeleo al envenenamiento,
de la amenaza silenciosa
al terror de la presa
que corre a refugiarse en el aullido.

Empujado por alguno
de los animales hambrientos que silenciosamente
merodean en su interior,
cada persona querría
llevarse, bajo la axila,
los mejores crepúsculos
para adornar las paredes de su casa,
confiscar manantiales, ríos, lagos
que esconden entre sus piedras
menudencias de cielo;
cada persona querría
arrebatar, con un zarpazo,
trozos de mundo, esquirlas de estrellas,
los pedazos del infinito
que estén más a la mano.

Las más de las veces
no es posible adquirir
lo que se ansía:
los fuegos de artificio
que tienen en la fiebre sus raíces,
porque otros se adelantan
y arrojan las redes de lo *mío*
para pescar lo ajeno.
Y entonces el empeño o el delirio
retorna, resignado,
a la sala de espera,
o de plano enmudece
como la llave de agua
que se muerde la lengua
y conserva tan sólo
un sonido de letras goteando.

Pero quizá las bestias
–las que corren por la jungla

o las que rugen en sordina en nuestra carne—
puedan ser domesticadas,
si encontramos un látigo que sepa
hablar en su lenguaje.
Tal vez tarde o temprano,
hemos de volver los ojos
a nuestro propio cuerpo,
y hacerlo como lo hace el domador
en la jaula de leones:
cargando un revólver, una silla, un fuste
y una temeridad que le pise los talones
a la gloria.
Tronaremos el fuste
y le diremos a nuestros instintos:
“Quieto. Quieto.
Salta hacia allá. Deja este sitio.
Abre las fauces, muestra
la inofensiva mueca del bostezo.
Calla. Que el silencio
sea como una piedra que cierra tu garganta”.

Las bestias ¿podrán ser domeñadas?
¿Llegará el día en que el domador
abandone la jaula, convencido
de que todos los leones o buitres
o chacales
de su fuero interno,
escucharon al fin los rugidos de su látigo,
le volvieron la espalda a sus afanes,
enfundaron su artillería pesada,
y, confundidos con su propio silencio,
dejaron finalmente su inmemorial oficio
de devorarse al hombre?

Yo, tú, nosotros nos vemos obligados
a erguir una vez y otra vez esta pregunta
—con la boca golpeada por el viento
y trozos de palabras
buscando la salida en la garganta— en medio
de la perenne tempestad
y el amasijo de contradicciones
del devenir humano.
Pero sólo la historia,
con la voz, hoy ahogada en lo lejano,

del futuro,
ofrecerá algún día la respuesta
a los oídos sintonizados
en el advenimiento del misterio.
Este dolor, que va desde la entraña hasta la lengua,
nos exige sacar a la intemperie
la pregunta,
ventilarla,
hacer que fraternice con la atmósfera.

Por eso es necesario preguntar y preguntar
aunque despellejada quede
nuestra lengua.
Por eso estoy aquí, rugiendo versos,
y un signo de interrogación en cada mano.

BAJAR DE LA TORRE

Como los árboles,
las torres de marfil
se rodean de pájaros
que, en ráfaga de puntos inestables,
brotan de las ventanas,
los tinteros, la jaqueca creativa;
unos, se desbordan a sí mismos ante el atril
de su pasión melómana,
otros, flautas de pico que desgañitan rezos,
paladean las corcheas
de su melodía.
Todos, en su aleteo,
corren a picotear
los puntos de la atmósfera
donde hay cantidades infinitesimales
de eternidad.

Poeta: con tu fardo de emociones al hombro,
y tu mochila repleta
de puntos, comas, borradores y suspiros,
desciendes de la torre,
te descuelgas del firmamento,
como se fueron desgajando los antropoides
de los añosos árboles
de la genealogía.

Sediento de intemperie,
de besarle al oxígeno la boca,
bajas, te dejas caer del infinito,
y sientes a tu espalda, desvaneciéndose,
la pálida silueta de la lira
que creía saberse la tonada
sin principio ni fin

de lo absoluto.

¿Por qué descienes, dime,
de la torre?

¿Acaso no te hallabas disfrutando
del más aterciopelado hueco
de la felicidad,
o apoltronado en el regazo
de la más mullida de las musas?

Allá se escucha el viento tarareando
(en pianísimo de brisa)
la música para infinito solo
de los astros.
Allá, cada una de tus palabras
se pasa el santo día
mirándose al espejo,
buscando su mejor ángulo,
su vocal más juvenil y llamativa.
Allá los adjetivos van regularmente
al salón de belleza.
En la torre puedes admirar cómo en la
punta de tu lápiz,
las rosas,
en delirio apoteósico,
dejan de ser botón de muestra
de lo efímero,
y se dedican,
en floral aleteo de ave fénix,
a encarnar las posturas diferentes
de la perfección.
Arriba se organizan concursos de belleza
para letras o sílabas,
pasarela de epítetos,
galerías de frases ingeniosas,
masacre de lugares comunes.
¿Por qué descienes, dime,
del olimpo?

Abajo, en el tráfago
del mundanal ruido,
te yergues a dos pies,
emprendes en derredor de la torre
tu primera odisea,
sabes que cualquiera manzana
se halla sólo a un diente del atrevimiento,
o al alcance seductor de un apetito
que, al dejarla desnuda,
arropada tan sólo de dulzura,
descubre ya la carne femenina.

Bajas de la torre
de marfil o de Babel. De aquella
que en cada sala tiene

hombres atragantados de decires,
con un pájaro muerto en la garganta
y un diálogo nervioso de silencios
en diferente idioma.

(La Torre de Babel era en verdad
un aeroplano descompuesto.

Frente al cielo inaccesible,
se hallaba muerto de hambre,
famélico de estrellas
y enfermo de las alas).

Bajas de la torre

y das de pies a boca con las palabras,
las ves con nuevos ojos,
tu paladar empieza a deletrearlas.

No puedes explicar de dónde surgen,
qué diccionario las espolvorea por doquier
o qué deidad se empeña en enredarlas
a tus suspiros.

Pero algo es evidente:
cada cosa dice su nombre en voz baja.

Yo soy un charco, murmulla
un pedazo de cielo arrepentido.

Yo soy una ventisca, dice el fantasma helado
que deambula en la calle.

Yo me llamo silencio,
dice, contradiciéndose,
el silencio.

Abajo, en la tierra,

cuando arrojas tu red de miradas
a nominar el mundo,

y a decir quién es quién
en la noche en que todos los gatos
no atinan a maullar sus diferencias;

cuando pasas lista a los colores,
y saludas de mano al mundo externo,
hay brochazos de luz

—que se escapan de las rendijas del ocaso—
para combatir los rincones redundantes
de la noche

o destruir la miopía que no posee más mundo
que el ubicado entre la persona
y el exacto lugar en que el afuera

yergue su puesto fronterizo.

Aquí, como arriba,
el poeta lleva sobre las sienas,
como aureola de espinas,
la inspiración y su cerebro en llamas;
mas ahora las palabras no se muerden las letras,
no se pierden en el laberinto del significante,
no le hacen concesiones al silencio:
y si buscan los capullos de las sugerencias,
las torres de babel de las exageraciones,
la cierta aunque mentida identidad
de las metáforas,
o las ciudades invisibles con que logra la poesía
torcerle el brazo al tiempo,
es que se juran a sí mismas
que en ellas siempre esté, grite que grite,
el pequeño, indispensable, deliberado altavoz
de su sentido.

Aquí los charcos en rebeldía de tu tinta
(más esperma que lágrimas o sangre,
porque al nacer se encuentra embarazada
de la mitad del mundo),
aquí la tinta, digo,
en unión de la goma de borrar
con su dedo en la boca,
y del haz de vocablos, imprecaciones, poemas
donde la honradez
se halla como pez en el agua
(que tiene de pecera
su propia transparencia),
te incitan a cantar a voz en cuello
sobre todo lo habido y por haber
en la vida cotidiana de la tribu:
lo mismo de las ansias que nacen a su asfixia,
del muladar de sueños
en que nos revolcamos,
de los licántropos que claman al vacío
con voz enronquecida
y dolor de garganta
de tanto sentirse parte
de sabe Dios qué todo,
que de la prosa que aplasta a la poesía

en toda flor que empieza a marchitarse.

Arriba, cantabas,
y la música servía para narcotizar
el ramaje, movido por el viento, de los nervios,
para asear los vocablos y que se hallen
sin el menor rastro de pólvora,
para adormecer los puños
con canciones de cuna.
Ahí los labios de tinta de tu musa
se esforzaban por hallar
las pepitas sonoras que los dioses
musitan al oído de los dioses.
Arriba, le doblabas el brazo a la palabra
para que no dijera, no,
lo que, desde su entraña, dice siempre.

En lo alto de la torre, los poetas
saborean las letras enmieladas
de sus futuras sílabas.
Espolvorean oro en sus estrofas.
No coleccionan timbres, ni monedas, ni siquiera
sonrisas de la mujer amada,
coleccionan imágenes nacidas
a los pies del infinito,
coleccionan las mil y una maneras
de estar fuera del mundo.
Ahí, los poetas
con su albañilería de sílabas, construyen
lagos, espejos, ríos, donde puede
asomarse una vez y otra vez
su narcisismo.

Abajo, buscas las palabras en los matorrales,
en la herida sin la costra del consuelo,
en las hojas caídas,
en la piedra agazapada en su dureza,
en el milímetro de aire tembloroso
del colibrí,
en el topo que busca a tientas la salida
de su propia ceguera,
en la guacamaya que mantuvo,

dicen los que saben,
quién sabe qué amoríos con el crepúsculo,
en las palomas mensajeras de alas rotas
como epístolas que se hallan
sin el sello postal
de su destino
o en la tos purulenta de una vieja
que jadea su angustia
agarrada a dos manos de la vida.

Aquí, cuando alguien te habla del futuro,
y te dice que viene como alud cayendo de las sierras,
levantas junto a ti
barricadas de puños y de sueños,
pones de centinela algún furor antiguo,
y sientes en tus pies el hormiguelo
de seguir adelante.
No subes a la torre
donde los poetas
dedican todo su tiempo
a ocultar la cuna y el sepulcro
de todo lo que dicen.
En lugar de ascender
al último piso de la torre,
subes hasta el crestón de la colina
a darle rienda suelta a tus miradas
y a deshojar la margarita
de la brújula.

Aquí, abajo, el canto tiene que ver
más con las entrañas nihilistas de la pólvora
que con la rima.
Más con el poner el dedo en la llaga
de alguna de las muchas enfermedades de la tribu,
que con la obsesión
de que no haya asonancias internas
en el canto del cisne.
Más con la iracundia que se levanta en armas,
corta cartucho,
y salta de las rodillas a los puños,
que con el artífice que pergeña sus cantos
con la lengua enharinada de cultismos
y el ábaco de sílabas
que se encuentra en sus dedos.

Más con el afán sin riendas de buscar otro sol,
otro mundo, otra atmósfera
que acabe flotando en el asta del ideal,
que con las palabras sin sentido
que, en el campo de exterminio de la retórica,
hacen desaparecer al hombre,
convirtiéndolo tan sólo en una nota
al pie de página,
no dejándole más espacio para ser
que el invisible, del “hallarse entre líneas”.

Abajo, poeta, sabes
que a tus espaldas dejas, para siempre,
las canciones de ritmo culterano,
el silencio marmóreo de la estatua,
la pureza que inmola en sus recintos
todo indicio de vida.

Abajo, a la intemperie,
en el trajín de todos los días,
tus pulmones se vuelven
ríos, buques de guerra, llamaradas de versos,
trigales de puños en alto,
dragones con todas sus palabras incendiadas...
En tierra el canto es libre,
sin vocablos que inclinen la cerviz
ante el emponzoñado culebreo
del mandato.
Aquí ningún poeta sufre
la invisible, incipiente y progresiva
autofagia de morderse la lengua.

DEMIURGO DEL CAOS

Casi recién nacido
–cuando paladeé, en pequeños sorbos de aire,
el sabor a vida del oxígeno–,
me di a destruir con toda mi alma
y a tarascadas de corazón
cuanto se hallaba al alcance de mis manos.
Casi recién nacido.

Mi delirio era romper
–"hacer trizas", dicen con tono de confesión
mis bajos instintos–
todo lo susceptible de ser desgarrado, disminuido,
convertido en reguero de minucias,
lo mismo los osos falsarios con pestañas de tinta
y corazón de peluche,
que los trástulos para los dioses niños,
juguetes que jugaban a ser indestructibles.
Mi delirio era romper,
encarrilar las cosas a la nada,
todo lo susceptible de ser desgarrado,
disminuido.

Desde niño, deleite
mayúsculo de mis dedos
era romper el rifle de cada uno
de mis soldados de plomo
(los intuía copia en miniatura
de los guardias del orden, y enemigos
de toda libertad que, en eterna claustrofobia,
no desea más cárcel
que la cárcel azul de la intemperie);
machacar con un mazo los relojes
(en vecindad ruinosa con el pulso)
para que el tiempo
–el hoy en que vivimos–
saliera de la máquina destruida
junto con los resortes, ruedecillas
y tornillos;
dar navajazos al trompo y a los círculos concéntricos

que se le enredan en el cuerpo
como invisible traje
de bailarina;
destrozar, en fin, cualquier objeto
orgullosamente ensimismado en su unidad
hasta volverlo
rompecabezas de añicos,
galerías de polvo.

Lo que más me repugnaba de las cosas
plenas, repletas de sí,
que hacen votos de identidad,
es la sensiblera actitud del todo
de cuidar a sus partes, como la gallina
cuida a sus polluelos.
Lo que más me repugnaba de las cosas.

Y cuando, como si no hubiera
accidentes en el mundo,
algo paseaba frente a mí
desfachatamente, con cara de orden natural
e ínfulas de cosa indestructible,
improvisaba un puntapié,
transformaba a cualquier piedra del camino
en paloma mensajera de mi furia
o le daba rienda suelta a mis dos puños
para otorgarle al caos (mi deidad)
otro ínfimo suburbio en el espacio.

Mi placer mayor era romperlo todo,
casi todo, y que mis manos,
después de cada una de sus proezas,
quedaran ensangrentadas,
con mechones de tormenta entre los dedos,
pescando al vuelo
la postrera maldición del enemigo.

Soñaba con tener un odio de alta tensión
contra todo coloso, enfermo del tamaño,
con el tumor cerebral de un delirio de grandezas,
o contra toda patógena minucia
que sólo puede conjugar el verbo ser
ante el micrófono.

Le daba rienda suelta a mis dos puños
para brindarle a mi deidad
otra ínfima barriada en el espacio.

 Mi ilusión era encontrar,
al final de mi proceso destructivo,
la primera piedra de mi fantasía
o los umbrales de la nada.

Romperlo todo.

 Todo, todo.
No dejar títere con cabeza
ni con titiritero.

 Mi sueño dorado:
dynamitar las entrañas
del sentido común, dar escopetazos
a la razón apoltronada en el trono del príncipe,
destruir a pisotones las brújulas embusteras
que transforman en promiscuos los puntos cardinales,
decapitar los ideales modosos, circunspectos,
nacidos de una triste ambición acomplejada
por su propia estatura,
preparar ratoneras para lugares comunes
y arrojarlos al primer precipicio que nos salga al paso,
tener las casas, los monumentos, las iglesias
—donde el incienso pastorea sus nubes
para meter al cielo en su recinto—,
como materia prima para erguir
la belleza indescriptible de las ruinas.

Yo querría, posteridad, que me recordaras
como alguien que, rompiéndose la cabeza imaginando
cómo producir las más refinadas destrucciones,
era especialista en catástrofes al menudeo,
epicentro de temblores de tierra que, en agrietando
el muro de las supersticiones,
generara en él la náusea en que se forma
la bendita catarsis del derrumbe,
que me vieras, por lo menos,
como hacedor de algún crimen perfecto,
sin fe de erratas, hermano del milagro,
surgido de las manos iracundas
de un soñador guerrero.
Mi especialidad: hacer añicos

aquellas esperanzas
que, midiendo lo que mide
lo posible, construyera su guarida
en lo más desteñado de lo verde.
¡Ay las patéticas mejoras
que ocultan con brochazos de pintura
la putrefacción de un cáncer
in crescendo!
¡Ay las seguridades que se mueven
en la tierra movediza
de sus pies de barro!

Digo una cifra:
arrojé a un tonel sin fondo
—que tenía por base el infinito—
el 80% de mis más impotentes alaridos,
le corté la lengua a mis vocablos
y, desde la trinchera
de una fe de erratas,
me desdije de todo lo que no es
la bendita presencia de la pedacería.

¿Cómo serían mis memorias
si estuviera dispuesto a pergeñarlas,
a cercenar partes y más partes
de mi cuerpo o a excavar en mi carne
las más oscuras confidencias?
¿Serían la biografía
de un hacedor de entuertos,
un programador de delicadas destrucciones,
la crónica puntual de un chivo
en cristalería, los recuerdos (adelgazados
hasta andar por ahí siendo suspiros)
de un huracán
encerrado a piedra y lodo
entre cuatro paredes?

A pesar de mi pasión,
las virtudes destructivas de mis ansias
están a una efímera flor de marchitarse,
a un manotazo de la nada
de morder el polvo;
se están secando lentamente,

como la llave que, tartamudeando,
mezcla sílabas de agua
con bocanadas de silencio.

Pero aún conservo algo de león envejecido
(que rubrica su cólera
con algún atrevido zarpazo de peluche),
algo de ángel rebelde
(apoltronado en su fatiga),
algo de coloso (con amnesia
de sus pies de barro),
algo de escritor furibundo
(presto a abrirse las venas
con la esperanza de producir
una descomunal
hemorragia de tinta).

Mi puño en alto empieza,
desvergonzadamente, a desmayarse.
Los impulsos se pudren sin decoro
en la más mullida parte del desgano,
y el corazón se niega,
en medio de la carne silenciosa,
a tomar la palabra.
Algo conservo, sí, de león envejecido.
Mas no dejo de observar
con furor y miradas de verdugo
la entereza,
lo compacto de las cosas
que corren a mezclarse
con las ansias de eternidad
que carga en sus entrañas el granito,
los prejuicios que quieren ser estatua
en musculoso embate contra el viento,
la lentitud leprosa de los calendarios,
la infamante parálisis del mármol.

Y sueño con dar escopetazos
a todo delirio de perpetuidad
que brota del averiado cuerpo
del reloj enloquecido.

Oh demiurgo del caos, ya no sabes

arañar las paredes, amenazar
la insoportable petulancia
de lo sólido, agrietar convicciones,
echarle leña al fuego de lo efímero.
Ya no sabes.

Oh juventud perdida en el suburbio
de un minuto cualquiera,
no tengo ya más forma de destruir
trozos de mundo,
distorsionar su imagen, subvertirla,
que la de, sin pudor, romper en llanto.

¿Mentir? ¿Y para qué? Soy un guerrero
que, al chocar de los ímpetus,
se sabe desarmado en medio de la guerra,
más mudo que el silencio,
con pólvora feroz que husmea cataclismos,
pero que se halla humedecida
por la incertidumbre,
la apatía,
o por el lagrimear clandestino
de su propia impotencia.

Mi pasión no claudica.
Atrás de mis palabras
oculto todavía un arsenal
de imprevisibles armas.
Mi cuerpo, transformado
en torbellino de órganos internos,
no da el brazo, ni el sueño,
ni el ideal a torcer.

 Mi corazón convoca, voz en sangre,
a aquellos de mis músculos más aguerridos
a continuar la lucha,
teniendo como líder a mi puño.

En éste, mi final, llego con paso firme
y el furor destructivo de siempre,
estando, como nunca, en pie de guerra
contra todos los monstruos o vestiglos
que, devorando mis alrededores,
poco a poco se acercan a mi cuerpo;
mas no quiero tener con la mentira

ninguna complacencia:
no puedo deshacerme del temor
de que a mis espaldas
mi sangre y mis neuronas
busquen firmar un armisticio sospechoso
entre mi corazón y mi cerebro.
Mi sangre, mis neuronas.

Pero sé que esa conjura,
si se trama, jamás prosperará,
porque mi corazón
continúa siendo el soldado en llamas
que desde joven recibió
instrucción militar de sus ideales.

Sabedlo, pues: cuando llegue el reloj
(con puntualidad de destino)
a robarme la vida a mano armada,
me encontrará atareado,
haciendo una trinchera de mi lecho,
buscando tenazmente en mis pupilas
una mirada fija
en que instalar mi ausencia,
y con la mano alzada
—desfalleciente sí, mas indomable—
para empuñar el final grito de guerra
de mi último suspiro.

APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA DE MI MUSA O MI
HUMILDE APPORTACIÓN AL BICENTENARIO

Para Luis Hernández Navarro

Fue un amor repentino
o, si se prefiere, a primer poema.
Al advertir en el renglón de sus labios
la insinuación de mi primer intento de tener
aventuras con la poesía,
sentí que había dado por fin con el ángel custodio
de mis decires.

No es una musa dispuesta a dar consejos
a cualquier individuo que siente el nudo en la garganta
de su afán de cantar.
Es una musa que ha hecho un pacto de sangre con su poeta
y que, fusionando su boca con mi oído,
me dicta confidencias.
La infidelidad no está en su decálogo.
Sus intimidades me están reservadas
desde la efímera luna de miel
de nuestro amor a primera vista.
Es más mía –para decirlo pronto– que la palabra
con que lo digo.

Mi musa, de repente, me insinúa:
oye, fíjate en esa muchacha
que se baña desnuda en el riachuelo
y encomienda a la espuma del jabón
las postreras faenas del recato.
No dejes de mirarla. Busca un lápiz
con elocuencias de plomo
pero también que vaya acompañado
de un borrador que cargue siempre
la valentía de desdecirse.

También me indica: Espérate. No va por ahí.
Deja de tararear el canto de sirena
de tus propios prejuicios.
La retórica es un callejón sin salida y demasiada entrada.
Los juegos artificiales, aun siendo de palabras,
sólo entusiasman a quienes viven
la fase cavernícola de la fantasía.

Todo lo comparte conmigo.
¿Ahora ese adjetivo? –se molesta.
¿Te gusta la redundancia,
colgar del cuello de un sustantivo
el rumor fracasado del silencio
o esa radiografía de la mediocridad
que es el lugar común?

Otras veces: has escrito en demasía
sobre eso. Te engolosinas
cuando tu pluma no halla obstáculos,
dudas que amarran el apremio,
o piedras enemigas de tu paso,
en una palabra,
cuando se siente como pez en el agua
de la tinta.

En ocasiones se me vuelve muy tierna,
me toma de la manga
y me lleva a descubrir metáforas
por todas partes:
a orillas del mar,
debajo de las piedras,
en el aullido callejero
de las doce de la noche
o en el ropero de la tercera edad
que se queja, rechinando,
de no sé qué dolencia.

Pero a veces monta en furia
y me dice con gritos destemplados y cabrones:
Pero ¿qué está haciendo, pinche Enrique?
¿Estás buscando los escondrijos de lo inefable,

el sublime manojito de vocablos
 que en su conversación usan los ángeles,
 como si el poeta fuese un catador
 de perfecciones?

¿Qué haces
 cuando tu patria, deshilachada y doliente,
 crucificada en sí misma,
 clama por sus poetas;
 cuando los medios,
 secuestrados por la parte más negra de la noche,
 arrojan por horas y más horas carretadas de basura
 hacia la gente?
 ¿Dónde te encuentras tú
 cuando el poder “celebra”
 el doble centenario de la patria
 -y manipula, y distrae, y echa tierra a los ojos,
 y hace, en fin, de la intrépida y gloriosa
 lucha de siglos,
 un carnaval de momias y montajes de circo,
 donde la cursilería
 lleva la voz cantante
 hasta acabar de ser la cruda laringitis
 del micrófono?

¡A tu puesto, cabrón! Y me empuja
 hacia la hoja en blanco.
 Y aquí estoy, ante este mundo
 donde todo es posible,
 y en que se halla la página a la espera
 de cambiar virginidad
 por embarazo.

Ella me incita entonces:
 ve tras la frase justa,
 que tenga en la emoción
 la buena puntería
 para dar con el hambre de belleza
 que todo mundo carga a media frente,
 sin sospecharlo a veces, cual el niño
 que llora y no ha nacido todavía.
 Haz que tu canto sea

ÍNDICE

Consejos a mi pluma.	1
Nuevos consejos a mi pluma.	4
Un afán.	6
Bajar de la torre.	14
Demiurgo del caos.	21
Apuntes para la biografía de mi musa o mi humilde aportación al Bicentenario.	28

Es veraz decir que en *Trincheras*, vamos a encontrar la mejor poesía social viva de México, no hecha del panfleto, sino de la reflexión; no una poesía como un puñal, sino como una ametralladora para hacer futuro, pues contiene no solo un iracundo dolor, sino una fuerte crítica al poderoso y a los vicios repetidos como reflejo en nuestras personas. Vicios incorregibles que es necesario erradicar una y otra vez en un trabajo de tiempo completo. No hay duda que en este libro Enrique González Rojo comprueba ser uno de los más audaces pensadores de la actualidad, y uno de los más representativos poetas maestros.

Adriana Tafoya



Verso .
destierrO
Poesía para evolucionarte y ser